

Sexto día de novena, Miércoles 6 de mayo

Una de las grandes verdades de la vida, es cómo pasa el tiempo, cómo los años siguen su curso, y cómo nuestras **prisas** están provocando que devoremos el día a día.

Nos falta paciencia, y con ello nos falta confianza en los procesos de la vida y en cómo se hacen las cosas. Porque si Dios quiso parar el tiempo y pasar por Triana en esos balcones que se cuelguen y las calles con romero, lo hizo solo para que le adoremos a Él.

De las cosas más bonitas de ser hermano del Rocío es que es una devoción que se alimenta vivamente de la **integralidad de la vida**, es decir, que se nutre de descubrir cómo todos los aspectos de la vida tienen que ir de la mano.

El campo, el mundo más allá de las ciudades, nos enseña que cada año tiene sus etapas, a la primavera le sigue el verano, a esto el otoño y finalmente el invierno para volver a regresar. Igualmente, el árbol tiene que ser primero planta antes de dar frutos. Los animales primero han de ser crías, luego enseñados y finalmente serán el instrumento maravilloso que nos acompañará siempre.

En la primera lectura descubrimos cómo los discípulos de Jesús se enfrentan a la controversia de la circuncisión, al deseo de que los nuevos cristianos pasen por lo mismo que ellos pasaron, al reto de hacer cargar a los demás con nuestras penas y problemas, con aquello que hemos pasado y vivido.

Por el contrario, en el Evangelio de hoy descubrimos la enorme paciencia del Señor, y cómo deja que **la vid y el sarmiento** crezcan juntos. Mientras muchos de nosotros arderíamos por dentro y querríamos cortar, apartar y quemar todo lo que no nos gusta. Cristo tiene paciencia. No tiene prisas.

Pero si en Jesús descubrimos esta paciencia, resulta enormemente maravillosa la de María. **La Virgen, nuestra madre, es paciente sin límites**. Ella y solo ella nos muestra la enormidad de distancia que hay entre nuestros rencores y envidias, y la maravilla de su Amor y sencillez.

Quizás deberíamos aprender a dejarnos sorprender, a abrir el corazón a que ella lo haga suyo, lo transforme, lo eleve. Solo así podremos cantar de verdad: “**Quien hubiera sido tú**, cazor de las marismas para quedar sorprendido y ser el primero en ver a la virgen del rocío”.

Es en estas en que quiero rezar juntos sobre la eternidad y el cielo. Aquello que como la Virgen, no es obra humana.

Según sabemos, el cielo es el encuentro con Dios, un lugar donde el tiempo se detiene en una eternidad constante. Un lugar donde el amor de Dios triunfa.

Pero inevitablemente, hay cosas que todos podemos llegar a entender con facilidad. Siendo Dios puro amor, nuestro amor no alcanza esa pureza así como así. Es la certeza por tanto de que necesitamos una **escuela de amor** donde ir creciendo en Él y con ello purificándonos de todo lo que nos aleja de la verdad de la vida.

Esa que nos enseña cuanto amor nos ha tenido Dios para entregarse en Jesús, cuanto amor tiene María para vivir sin pecado. Cuanto bien nos haría unirnos a ese canto que aclama: “**Tiempo detente**, que es tan grande el consuelo que mi alma siente, que viva en mis anhelos eternamente”.

Hoy nos acompañan en esta eucaristía las hermanas de la consolación, toda una preciosa vocación al servicio a los últimos por amor.

Es ahí donde vemos una auténtica escuela de amor en la que la Virgen nos enseña a liberarnos de todas las rencillas y pecados.

Dicen que en el cielo Dios no enseña, no da lecciones, no instruye ni adoctrina. **En el cielo tan solo se canta.** Porque el canto tiene un poder maravilloso de transformarnos interiormente, de liberarnos de otros pensamientos y abrazar tan solo aquellos que importan en la canción. La música nos permite ponernos en el lugar del otro y con ello sentir con el otro.

¿Qué os parece por tanto si definimos el cielo como el lugar donde Dios nos hace sentir con el otro, vivir con el otro? O lo que es lo mismo, ¿el cielo es el lugar donde sientes lo que has hecho sentir, vives lo que has hecho vivir?

Seguramente eso sea un infierno para muchos, y para otros un amor increíble. No creo que haya mejor forma de purificarnos de todo lo malo, y de alentar en nosotros todo lo bueno y bello.

Para ello mi particular visión del **cielo es una mesa camilla**, ese lugar donde mi familia se sienta en torno a una mesa. Una mesa, que como dijo el chef Jose Andrés, “en este mundo sobran muros altos **y faltan mesas largas**”. Quizás el rocío y su camino sea la mejor mesa larga que Dios ha inspirado en este mundo.

En esa mesa camilla Dios va compartiendo con nosotros, divirtiéndose, sufriendo, llorando y riendo. Y en definitiva **cantando con María en una bulería preciosa, en unas seguidillas inspiradoras, en una rumba alentadora, o en un fandango estremecedor.** Elige tú cual es esa canción que todo lo transforme en ti para acercarte a Dios.